

## ALMA TORTURADA<sup>100</sup>

El destino de cada hombre es un enigma —exclamaba Napoleón—. Y en efecto, hay trayectorias humanas limpias, tranquilas, rebosantes de goces y placeres; y en cambio hay otras, surcadas por el dolor, marcadas con el signo de la tragedia. Hombres que, bien a bien, sepamos por qué. Almas otras, predestinadas al sufrimiento, a la derrota, a la expiación, sin que tampoco alcancemos a hallar el porqué... Secretos indescifrables para el hombre, cuya solución, o explicación, el Eterno se reserva para sí.

A la categoría de las almas torturadas perteneció la del destacado luchador y político cuya azarosa existencia nos hemos propuesto analizar.

Fue siempre don Ponciano Arriaga hombre perseguido por la fatalidad. Secretario de Estado bajo el régimen de Arista, cayó en menos de un mes. Ministro designado por don Juan Alvarez en el efímero gobierno de éste, su gestión tuvo que limitarse al espacio de unos cuantos días. Jamás conoció el triunfo, ni la tranquilidad, ni el sosiego.

Después de su etapa luminosa del 56 al 57, la figura del señor Arriaga se opaca y casi podemos decir que parece eclipsarse. ¿Por qué, en un hombre de tamaños méritos? Tal vez por la rivalidad con el grupo juarista que, celoso de su talento le impidió desde 1856 o 1857 elevarse a la jefatura del partido liberal, para el que otro grupo selecto lo postulaba (dato éste que me proporcionó el señor licenciado Ramírez Arriaga, conocedor de éste y otros incidentes). Pero quizás haya influido más aún, la guerra a muerte que al ilustre potosino declararon los terratenientes y los hombres del privilegio, al partir del instante en que él se atrevió a fulminar contra ellos su formidable voto parlamentario, en que exigía nada menos que el fraccionamiento de los latifundios y el inmediato cultivo de las tierras ociosas. Lo cierto es que la vida de don Ponciano de vio amargada desde entonces, más que nunca, por la incomprensión y la inquina de sus adversarios. A ello alude con dolor acervo en las revelaciones o confidencias

100 *El Universal*, 5 octubre de 1949.

que escribió para sus hijos en lo que él llamo su “TESTAMENTO MORAL” y que, felizmente para los póstreros, ha sido publicado (periódico oficial de San Luis Potosí, del 19 de junio de 1900).

En ese documento desahoga él su corazón dolorido.

“Estoy próximo a los 50 años de mi vida (nació él en noviembre de 1811 y murió en julio de 1865), que ha sido siempre triste y dolorosa... Mi alma estuvo siempre sola en este desierto que se llama el mundo, y ni una vez oí jamás una palabra sincera que calmara plenamente los desconsuelos y las amarguras de mi corazón... Me dio Dios un alma henchida de sentimientos, y yo no encontré nunca quien los conociera ni estimara... Y ¡horrible previsión!, temo que la posteridad no me conozca, como no me han conocido mis coetáneos, y que me interprete y me calumnie como me han interpretado y calumniado los que estuvieron y están cerca de mí.”

Y en medio de su amargura exclama, aguijoneado por el ansia de expansión:

“si no fuera creyente, y creyente íntimo y profundo, si no hubiese también hablado con Dios tantas veces diciéndole mis honda cuitas y pidiéndole alivio en mis entrañables pesadumbres, si mi alma no vislumbrase otra vida en paz, de luz y de descanso, ¿cómo soportaría el formidable peso de los días que me esperan?... Si en la primavera de mis días he andado una senda de punzantes espinas, ¿qué me espera en el glacial invierno de mis años?”

Enseguida a manera de autodefensa, muy legítima sin duda aclara con honradez y precisión:

“no sé si tuve alguna vez en mi corazón la ardiente caridad que nos enseña el Evangelio; por lo menos nunca la apliqué con esa abnegación, con esa prolijidad, con ese tesón individual que ha distinguido a tantos hombres santos, pero amé la política por el amor de la humanidad y del prójimo, y CREI QUE ESE AMOR NO PODIA TENER SU BASE SINO EN EL AMOR DE DIOS.”

Con frase magnífica y luminosamente clara agrega:

—“¿Y a quién se debe amar en el verdadero sentido de la palabra si no a Dios? el amor de la humanidad, el de la familia, el del prójimo si no es puro, si no es desinteresado, si no se refiere a Dios, no es amor; es interés o cariño, afecto, hábito, contemporización, todo lo que se quiera, pero no amor”.

Esta hermosa profesión de fe honra quien la hace, y es por sí sola atenuación de muchas faltas y yerros. Quizá también perdón alcanzado para los mismos.

Diremos aquí, con la grandiosa frese de Morelos: “Señor: si obré bien tú lo sabes, y si mal, me acoto a tu infinita misericordia.”

Seguramente esta esperanza bullía también en el espíritu de Arriaga.

Lo cierto es que él, al hablará así, está pensando en voz alta, está abriendo sin reservas su corazón.

Vedlo si no en las frases que siguen.

“Amé, pues, a la humanidad, al pueblo, a la familia, en este sentido. Creí que la humanidad debía cambiar en su engrandecimiento y progreso, guiada por el espíritu de Dios, y formé las series de mis ideas políticas sobre la base de la fe... A ún veo en los instintos y las inclinaciones y los sentimientos del pueblo, señales evidentes de esta inspiración constante de Dios, de este soplo que vivifica y rejuvenece a las sociedades.”

Y aquí emerge otra vez la duda, esa duda cruel, esa inquietud lacerante que sigue afligiendo a las generaciones del próximo ayer y del hoy tormentoso. “Pero —se pregunta Arriaga—, o la felicidad social es una quimera irrealizable, o bien, llegando a las sociedades a su felicidad perfecta, ¿qué hay más allá de esa felicidad terrena? El progreso, ¿hasta dónde? La perfectibilidad, ¿hasta qué punto?”

Parece que Arriaga, el fuerte pensador adivina en este punto el porvenir; se antoja que prevé grandes desgracias, tremendos conflictos, lamentables caídas y retrocesos, el retorno, quizás, a esas épocas de barbarie a que quieren conducirnos los teóricos temibles de la lucha de clases, del oído destructor y de la revolución permanente.

Porque, en efecto, Arriaga vislumbra peligros gravísimos y pavorosas complicaciones. Oigamos sus palabras.

“Y cuando vemos a las sociedades desconocer el principio de la fe, no poniendo en su lugar otra cosa que la razón; cuando vemos que el principio racional absoluto, inmutable, indestructible, aún no está conocido por los hombres; CUANDO VEMOS QUE RELIGION, MORAL, VIRTUD, HONOR, BIEN, BELLEZA, JUSTICIA, TODO ESTA A DISCUSION, tiene ya sus antinomias, todo su pro y su contra fundados en la razón, ¿cómo será posible organizar la sociedad en pro y en contra, fundándose en la razón; cómo constituir la autoridad, con razón en pro y razón en contra? ¿sobre qué base, en qué cimiento sólido puede descansar la sociedad, para tener paz, orden y prosperidad?”

Asoma aquí ya el positivismo, la tendencia agnóstica que había de constituir el tormento y el fracaso, a la vez, de la generación congelada por la duda, que habría de suceder a los hombres batalladores del 57; generación representada en el Viejo Mundo por los Spencer y los Comte, y capitaneada, entre nosotros, por Gabino Barreda, Porfirio Parra, Francisco Bulnes, los Macedo y tantos otros.

Pero Arriaga no acepta así como así, la negación de todos los principios y normas a los que ha debido la humanidad su tranquilidad y su progreso. Se alarma, y con razón, de que se haya roto la unidad moral y espiritual del mundo, de que se someta todo al debate de la razón obcecada y sin freno, de que no exista ya “una verdad en cuyo SANCTA SANCTORUM no pueda penetrar la discusión”.

Se queja —y esto parece que está leyendo en el futuro— de que “no hay ya tampoco virtud característica, ni justicia respetada y obedecida”. Pero lo que más lo alarma, lo que le produce suprema inquietud, es que no haya, según él, religión verdadera —frase atrevida con la que es imposible estar de acuerdo—, ya que “todas las teogonías vienen al seno de la sociedad a luchar y a combatir”.

Aquí está la clave, a mi entender, de la angustia y de la infinita desazón espiritual de Arriaga. Poseedor él de un vago deísmo, le falta la única base posible de segura convicción, la única defensa contra el escepticismo que atormenta y la duda que mata; o sea la lisa y llana aceptación de que la pequeñez del hombre no puede abarcarlo todo y que tiene que rendirse ante la verdad revelada.

Por rechazar los hombres, o algunos de ellos, las enseñanzas seguras y firmes como una roca, de la religión revelada, del cristianismo, la única verdadera; por eso el mundo camina hacia su perdición.

El así lo vislumbra y así lo confiesa.

“¿Es decir —exclama en un período que contiene todo su pensamiento—, es decir que las sociedades están condenadas a este perpetuo combate, a esta anarquía eterna, a esta lucha de religiones morales, de virtudes y de justicias que cada uno entiende a su modo y que cada cual interpreta a su gusto y a su paladar? ¿Es decir que la organización racional desconocida (o ignorada hasta hoy) no puede llegar jamás, y que, por lo tanto, es imposible establecer el orden en la sociedad?”

La devastadora anarquía que hoy reina en los espíritus y la amenaza pavorosa de una nueva guerra mundial que acabe con los restos de la civilización y la cultura, dan plenamente la razón al señor Arriaga.

Un mundo sin una religión y una moral aceptadas y reconocidas por todos, un mundo corroído por la negación y la duda, el odio y el rencor, está condenado sin remedio a la catástrofe.